

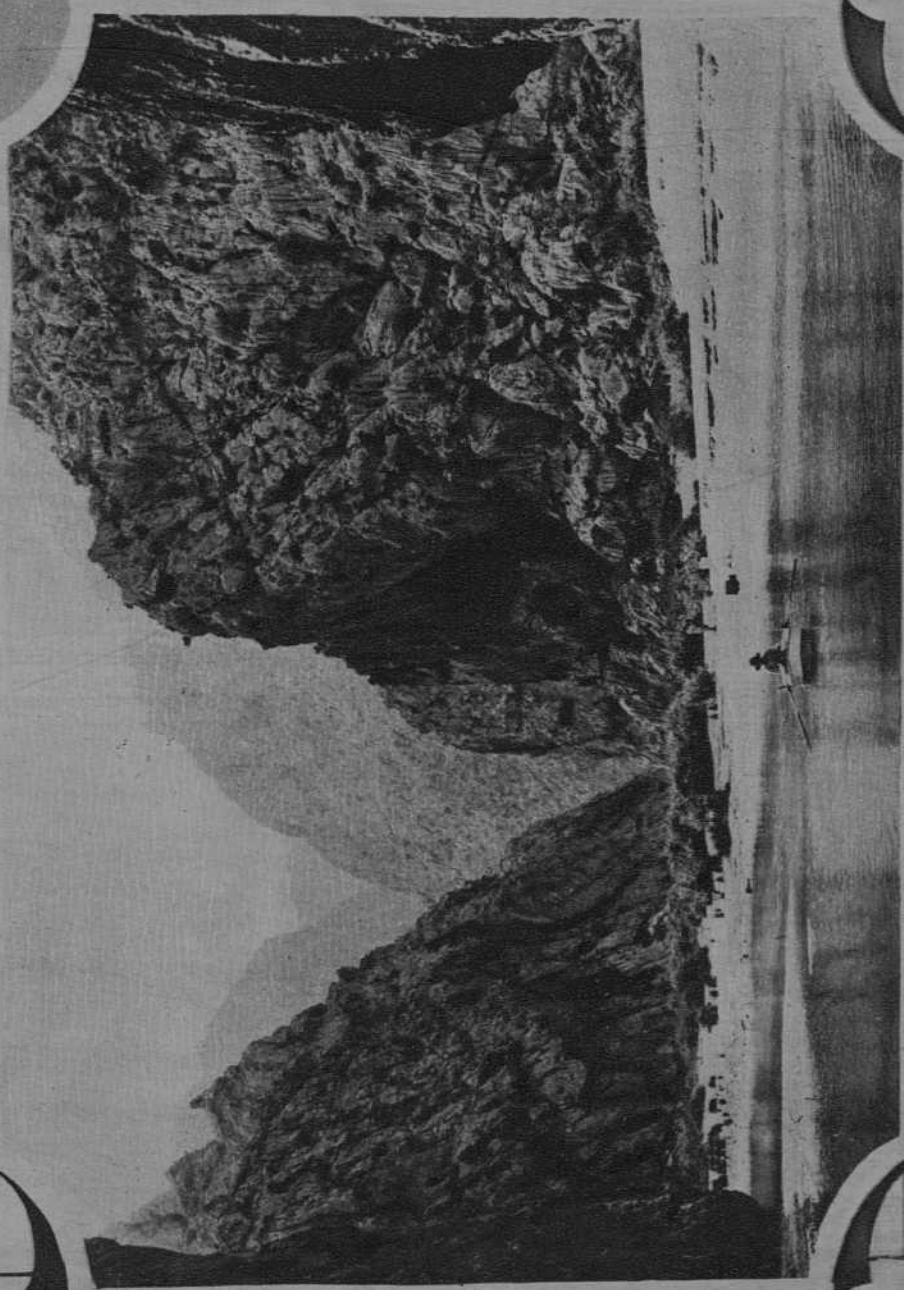
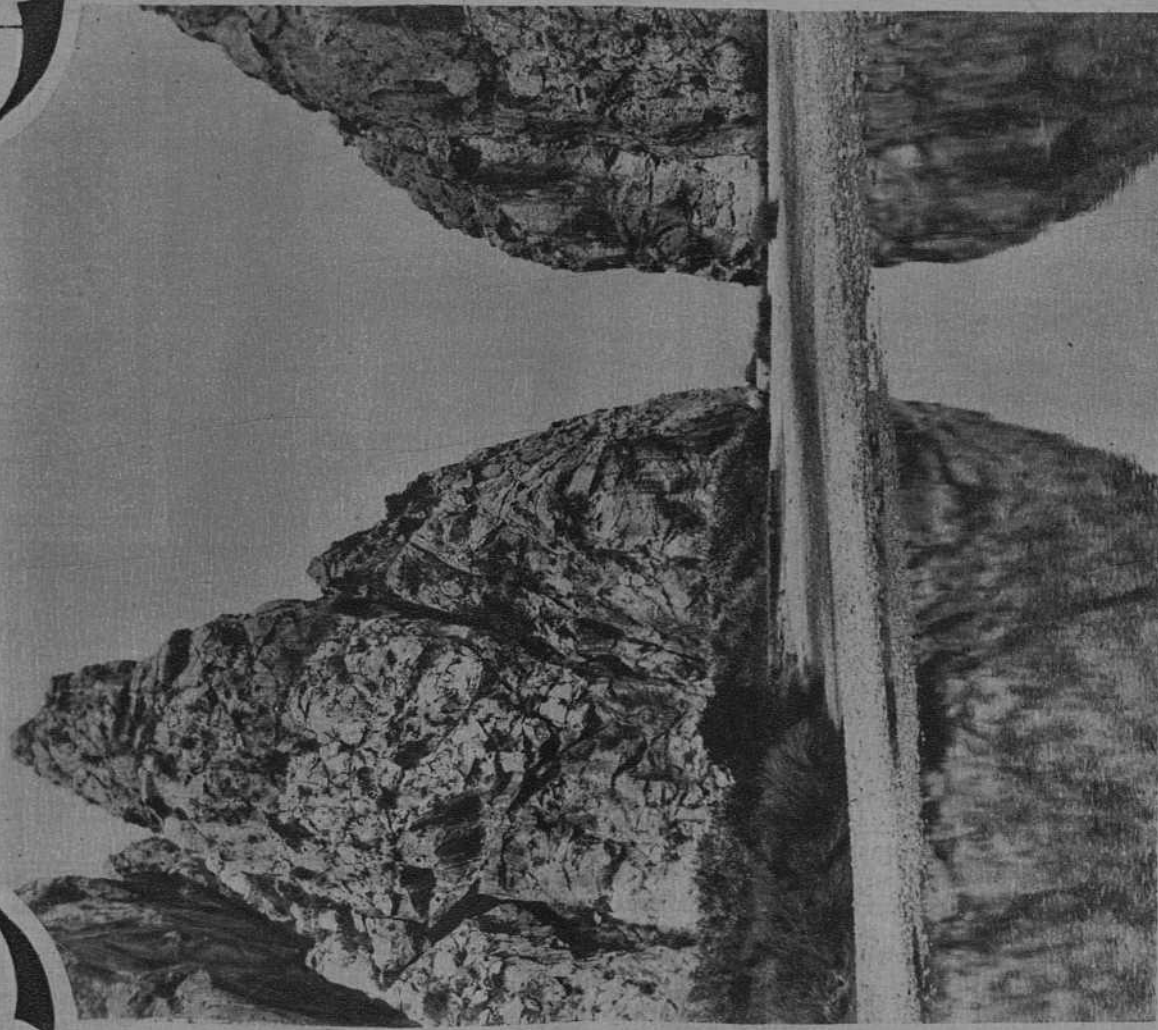
Las bellezas de Mallorca

Vision dantesca. de una sublime grandiosidad, el torrente de Pareys se ofrece al visitante como una de las mas sublimes bellezas que la naturaleza prodigo en las doradas costas de Mallorca.

El interior del torrente antes de su salida al mar.



La boca del torrente



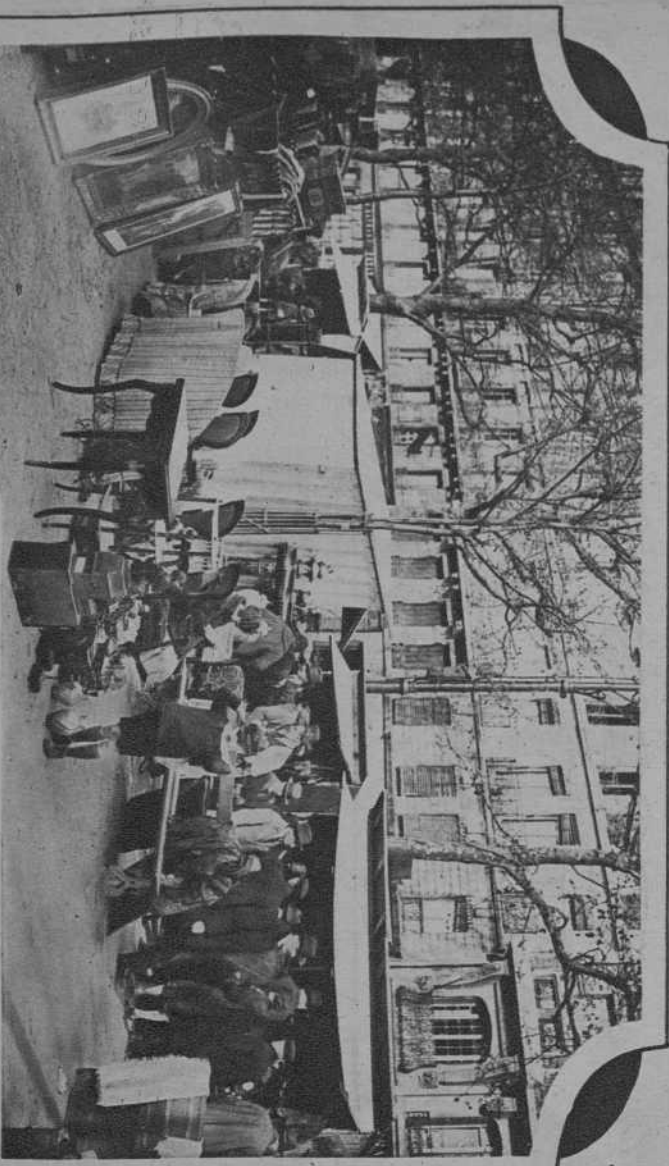
PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
El Día DE
Gráfico

NUM
95

FEBRERO
5
1928

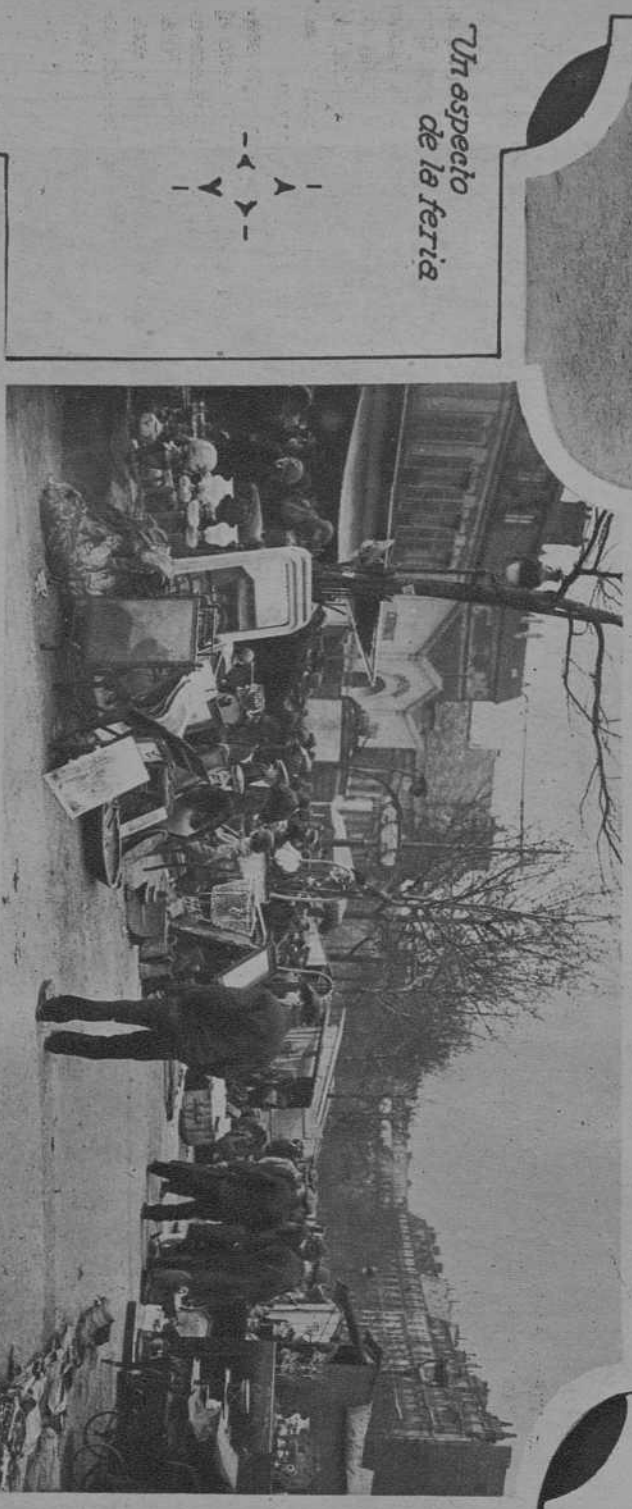


*Carló de Linneo
Célebre artista sueco a quien se debe la nomenclatura de las especies, y cuyo 150 aniversario se ha celebrado con gran pompa en la Universidad de Upsala.*

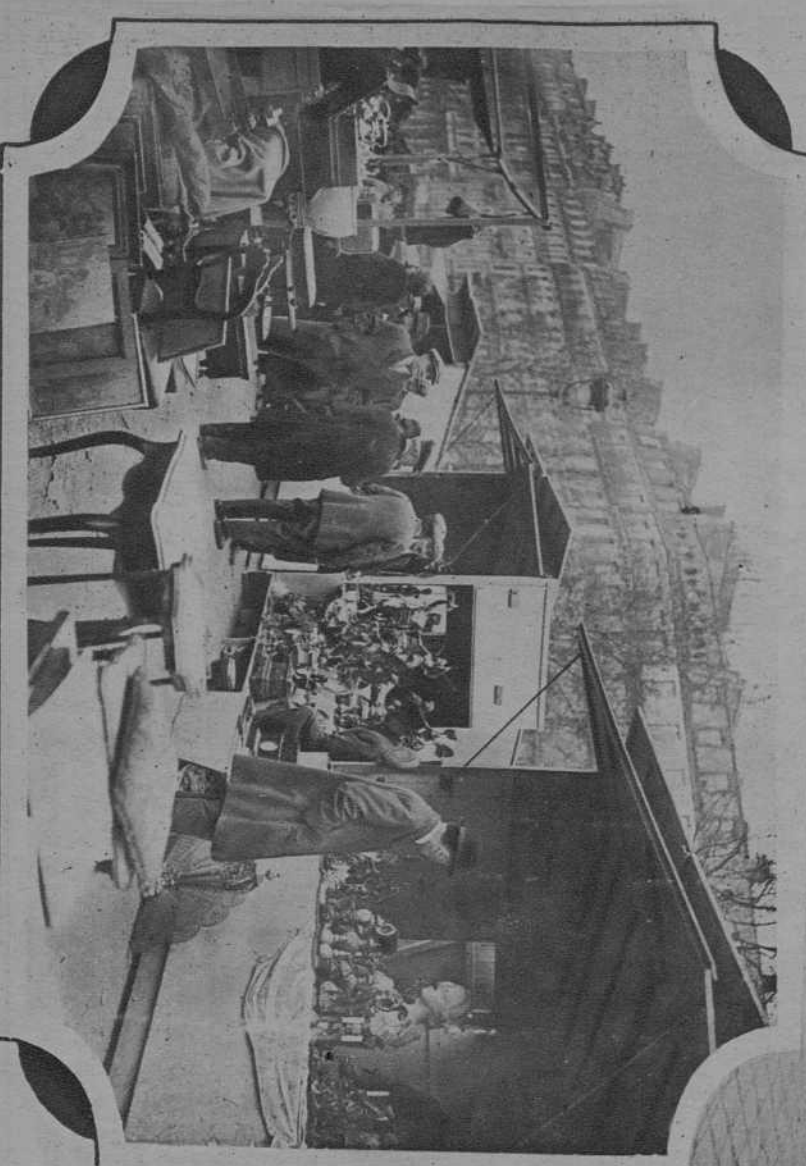


Los 'encantes' de París

París, con su fôire a la Ferville ofrece un insospechado aspecto de su vida ciudadana. Restos de pasados esplendores se amonajan en las humildes paredes mezcladas con trastos viejos e inútiles en espera de un problemático comprador.



Un aspecto de la feria



Una obra de arte, expuesta muy modestamente.

Un rincón de los amateurs

Las curiosas industrias del Carnaval



El último toque a una careta española.



Un modelo sonriente.



El modelado, tarea inicial.

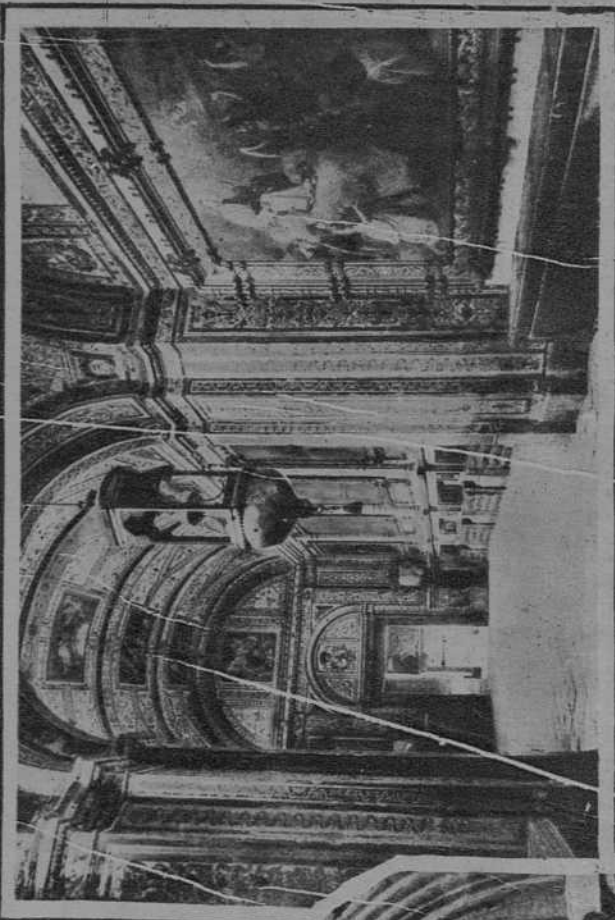


La labor de un modesto artista.



Los últimos toques. (Foto: Vidal).

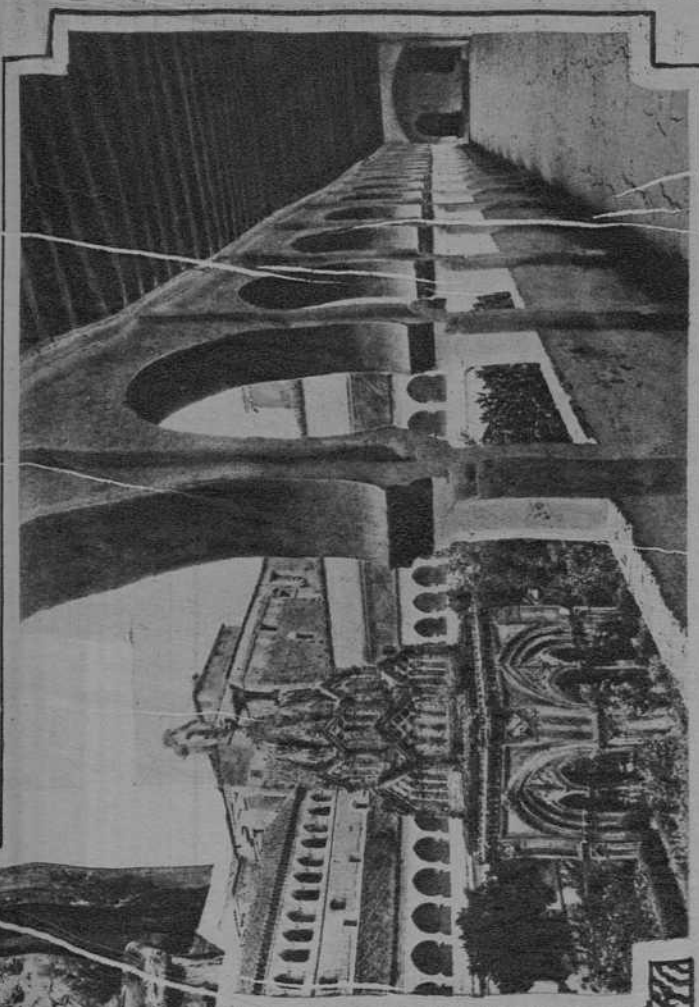
Ejemplar maravilloso del arte mudejar es el Monasterio de Guadalupe que modesto e ignorado esconde sus bellezas por pocos conocidas.



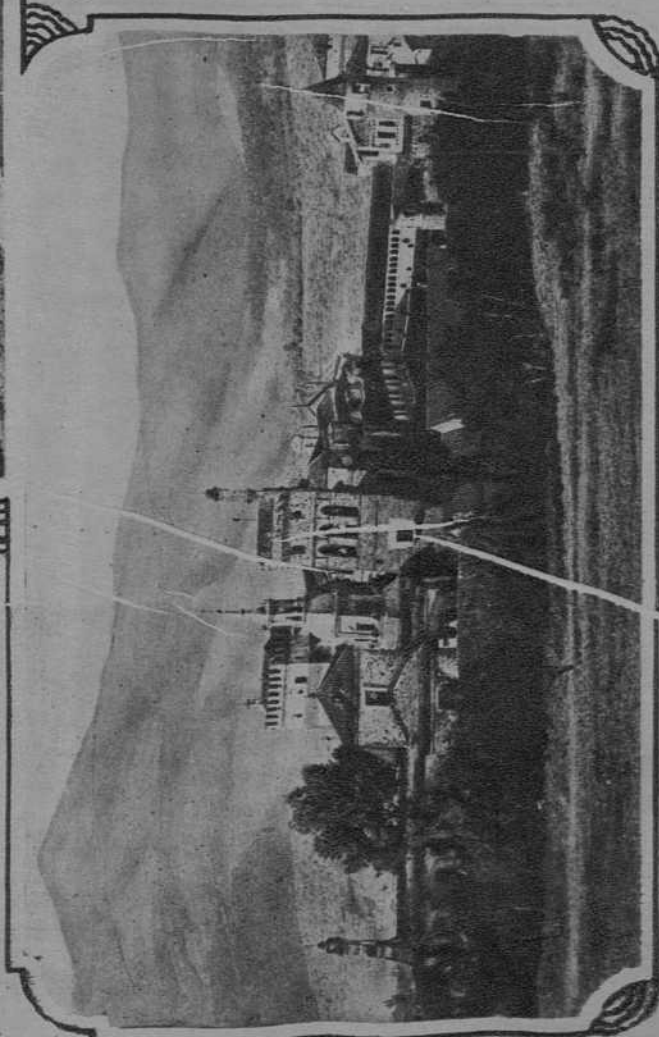
Sacristia y lampara de Lepanto



Detalle interior del templo



El claustro y templo mudejar



Vista general del Monasterio

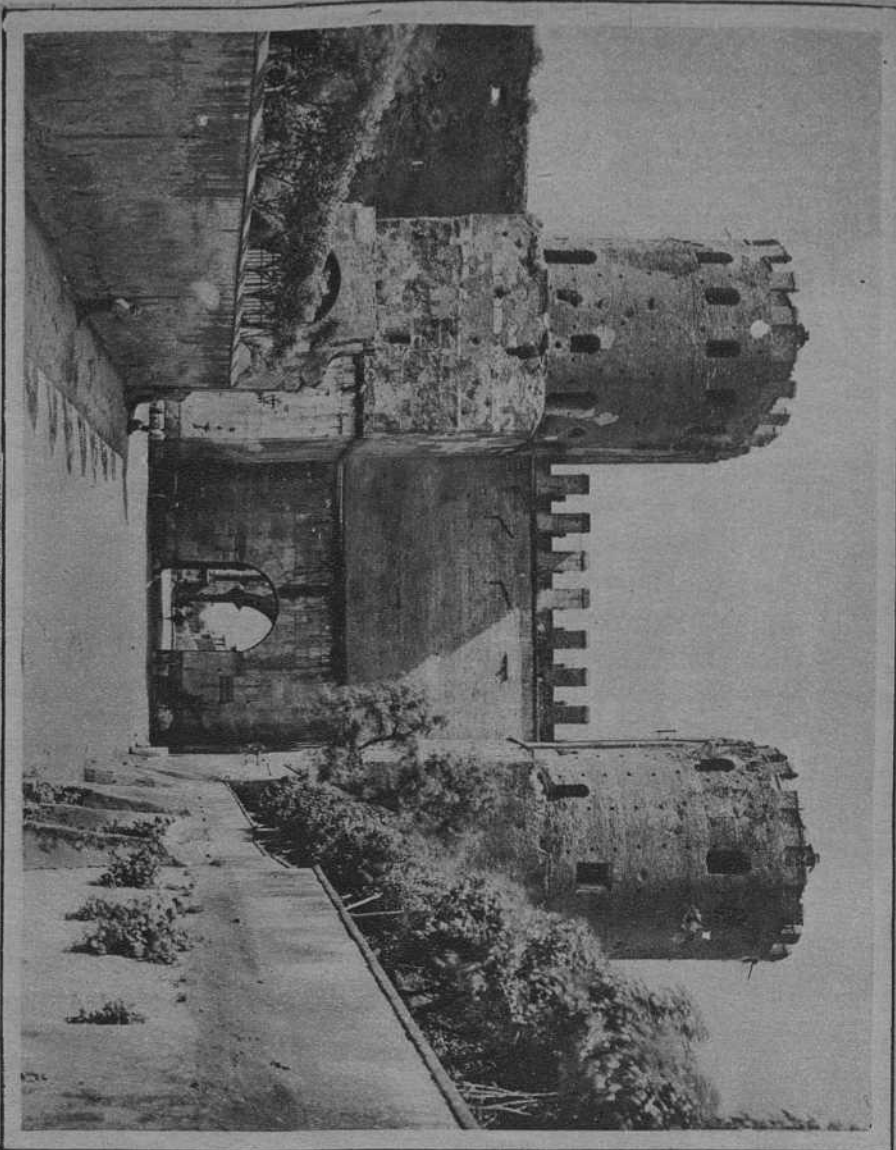


Los grandes centros invernales de Europa

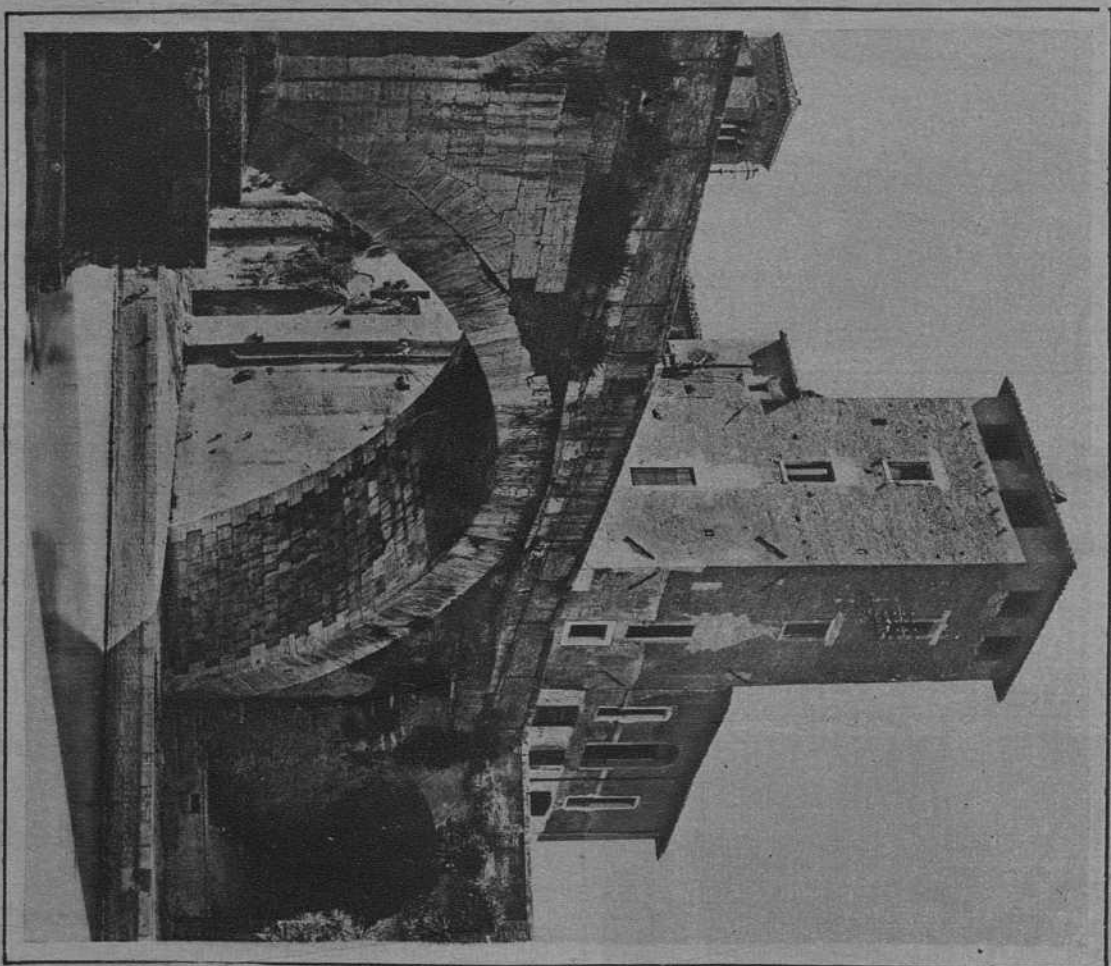
Chamonix ofrece al visitante el sugestivo encanto de sus albas pistas.



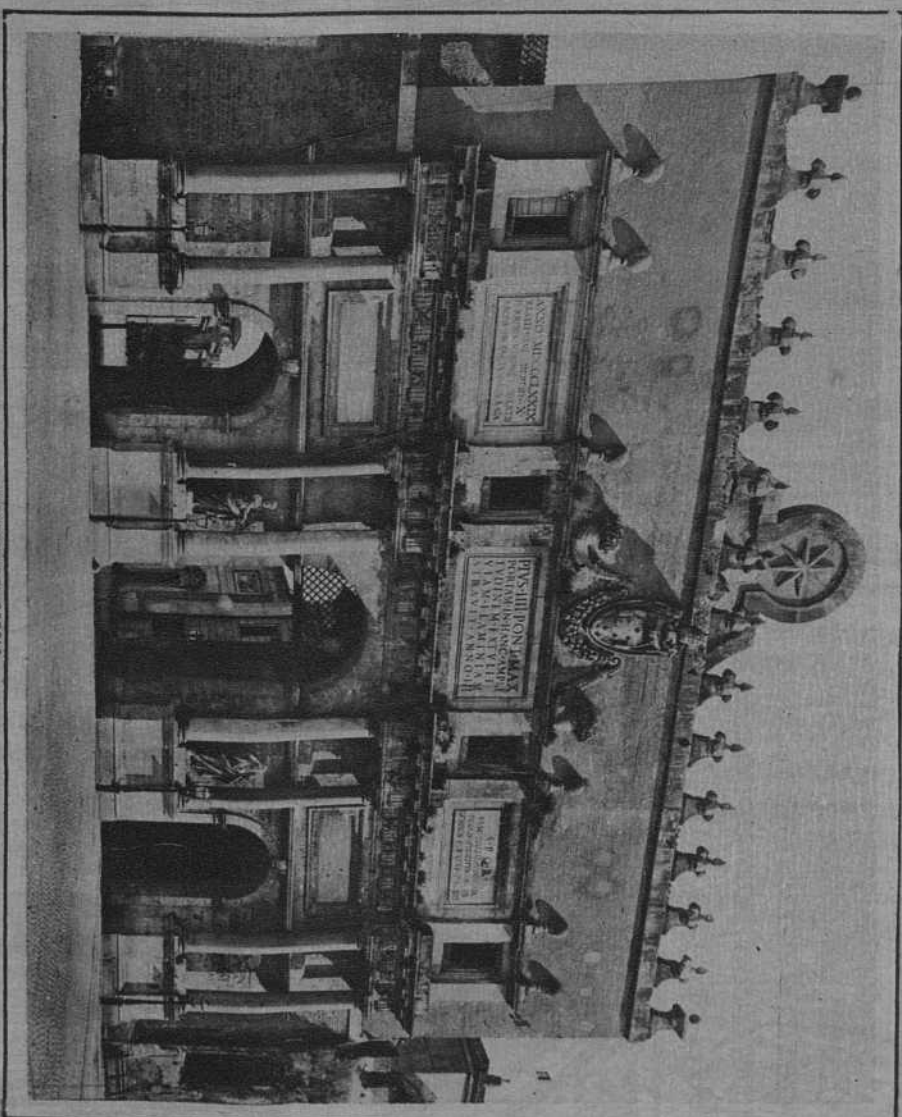
Saint Moritz con sus hoteles que reflejan en la nieve el brillo de sus iluminaciones



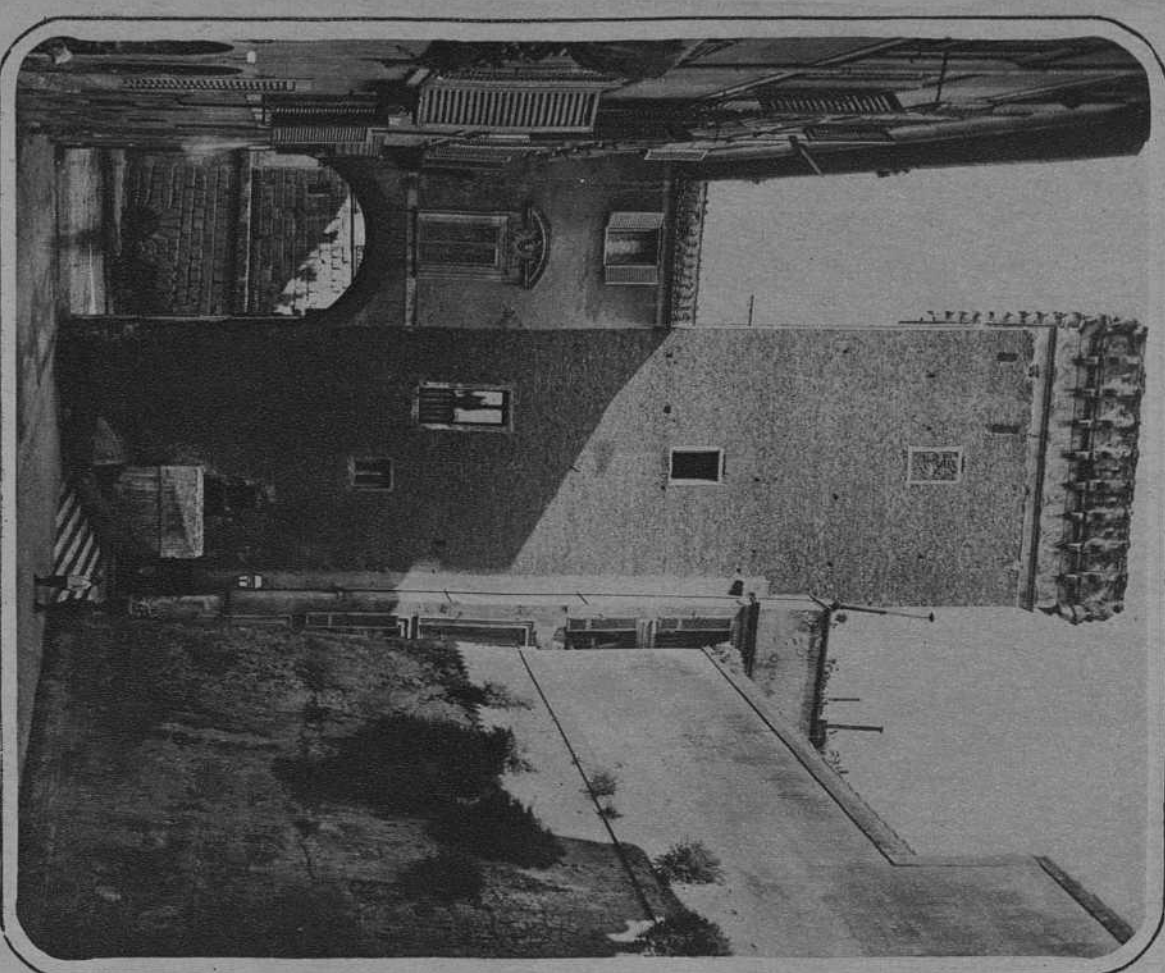
LA PUERTA DE SAN SEBASTIAN



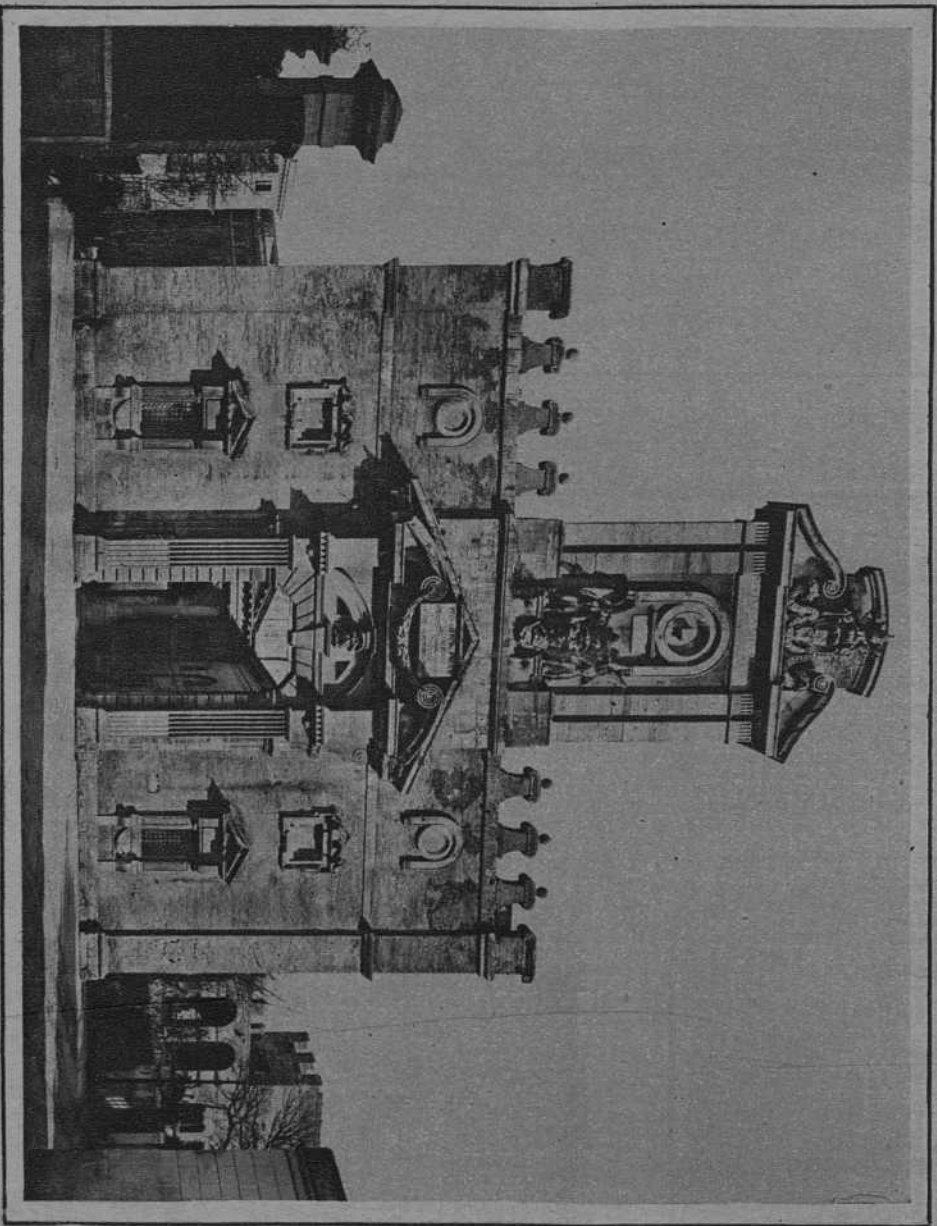
LA TORRE DE LA GORDESA MAYLDE



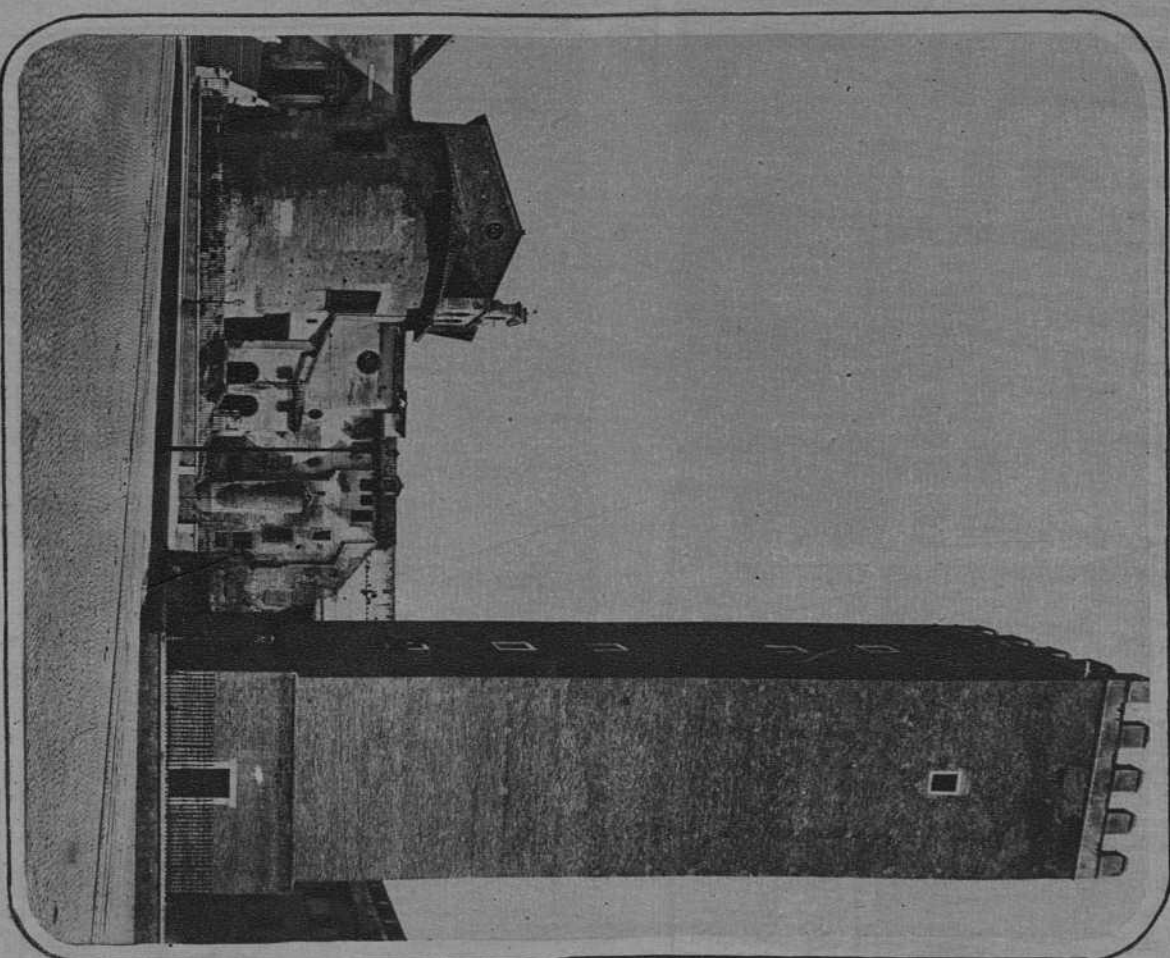
LA PUERTA DEL POPOLE



TORRE DEL PALACIO DEL ORILLO



LA PUERTA PIA. (Fot. Andriani)



TORRE CARROCCI

Los recuerdos de la que fue metrópoli del mundo.

PAGINA INFANTIL

Historia natural

EL TIGRE

De todos los animales que constituyen la gran familia de los felinos carnívoros, ninguno tan peligroso y temible para el hombre como el tigre.

No hay mamífero que, como él, reúna tanta astucia y crueldad a tan seductora belleza, pudiendo considerarse como a verdadero símbolo de la fuerza y de la ferocidad.

Existen distintas especies de estos felinos, pero el de Bengala está reconocido en los antiguos libros de Zoología, como el ejemplar más extraordinariamente formidable, salvaje, fiero y sanguinario.

El lugar predilecto de estos feroces animales, no son únicamente los cañaverales o terrenos cubiertos de altas hierbas, sino que habitan también en los grandes bosques poblados de corpulentos árboles. En general gusta de toda especie de espesura, pero se dan a afirmar varios naturalistas, prefieren un matorral llamado «corinto» cuyas ramas entrelazadas y pendientes llegan hasta el suelo, formando una tupida cortina que le oculta de toda mirada, proporcionándole una guarida fresca y agradable.

Es tan conocida la afición del tigre «corinto» que los cazadores fijan siempre su atención en esos arbustos para descubrir su existencia, de entre los cuales sale arrastrándose para caer sobre su presa.

El tigre tiene idénticas costumbres que los gatos; sus movimientos, a pesar de su tamaño, son tan graciosos como los de la

Rompecabzas



El guía ha perdido a los dos turistas ¿Dónde estarán éstos?

más pequeña especie; su carrera, no obstante su corpulencia, es rápida, soportando fácilmente la fatiga desfilando como una culebra a través de las hierbas, trepa fácilmente a los árboles y nada admirablemente, a excepción de los mamíferos más fuertes, como el elefante, el rinoceronte y el

búfalo salvaje, ningún animal, ni los mismos reptiles están libres de las garras del tigre, que los mata y devora.

Los ataques de este felino son tan rápidos e imprevistos, que no es posible sustraerse a ellos, resultando inútil toda persecución, pues si bien se consigue a veces obli-



—¡Pero hombre! ¿No sabes la distancia que hay de Barcelona a Madrid?

—¿Para qué? No voy a ir a pie...

garle a que suelte su presa, sea hombre o animal, de bien poco le vale, pues muere a consecuencia de las heridas recibidas, ya que los zarzapos del tigre son siempre mortales por el destrozo que producen sus terribles garras al penetrar en la carne.

El tigre como verdadero gato, no persigue la presa que se le escapa la primera vez, y después de un salto perdido vuelve gruñendo a su guarida para aguardar desde allí a una nueva víctima.

La vida de las personas que habitan en los bosques, como los pastores y los que se ocupan en la corta de madera de sándalo y la de los conductores de correspondencia a través de selvas y desfiladeros de montañas, están continuamente en peligro y expuestos sus cuerpos a ser pasto de la voracidad de tan temible felino.

La fuerza del tigre es realmente formidable, pues puede arrastrar fácilmente a un hombre, un caballo y hasta un búfalo.

La caza de este felino, es peligrosísima para los que se dedican a esta temeraria y arriesgada empresa, tanto por la ferocidad del animal, como por lo rápido e inesperado de sus ataques, que apenas dan tiempo a los cazadores para preparar su puntería, siendo muchos los que han sucumbido bajo sus terribles garras. Los indígenas valen de lanzas envenenadas, de redes y trampas para cazar el tigre, cuyas preciosas pieles son vendidas luego a buen precio en los mercados de la India.

Poco es lo que con respecto a la domesticidad del tigre puede decirse. Sin embargo, hay que reconocer que se han hecho grandes progresos en el arte de domar a este felino.

Con frecuencia admiramos la audacia de algunos domadores, penetrando en la jaula de los tigres, haciéndoles ejecutar toda clase de habilidades, pero estos arriesgados ejercicios son muy peligrosos, no obstante el dominio que el hombre suele ejercer sobre esas fieras, pues es cosa enteramente imposible reprimir en ellas, sus inclinaciones feroces y sanguinarias.

B. S. N.

SALPICADURAS

Cierto día, un muchacho se presentó en una fábrica de aeroplanos y dijo al director:

—Señor: mi hermano el mayor se compró aquí un biplano el mes pasado. Usted le dijo que si se rompía algo le proporcionarían gratuitamente las piezas necesarias.

—En efecto, señor.

—Pues bien: mi hermano necesita que usted le suministre, seis costillas nuevas, una pierna, media docena de dientes surtidos y una colección de dientes y muelas. Se cayó esta mañana del biplano...

En un examen de astronomía el profesor ofrece al alumno aprobarlo si le contesta a una sola pregunta, y le dice:

—¿Podría usted decirme cuántas estrellas hay en el cielo?

—Tres mil cuatrocientas cincuenta y nueve millones setecientos ochenta y cinco.

—¿Y cómo las ha contado usted?

—Eso ya son dos preguntas, y usted me ha dicho que sólo me haría una!

Y el profesor, esclavo de su palabra, aprobó al alumno, pero le dijo que volviera en septiembre por la nota.

—Alberto, despiértate, que ya es hora.

—No puedo, papá.

—¿Por qué?

—¡Porque no duermo!



—¿Que buscas a tu hermanito? Yo te ayudaré a buscarlo.

—¿Por qué?

—Porque estamos jugando al escondite.

EL CUENTO DEL DOMINGO

La herencia de tía Magda.

Por

ACINTO MA MUSTIELES

(Dibujos de Bosch)



¿No habíamos quedado en que la anciana señora no moriría nunca? ¿No había dejado pasar, sin morirse, ocasiones tan buenas para ella y para los sobrinos?

—¿Se decidía a morir, de veras?

Costó trabajo entenderse, porque las dos muchachas hablaban a dúo y en voz muy alta. Don Hilario, experto, en todo, les dejó que satisficieran sus nervios en aquella primera explosión de admiración e interrogaciones. Luego, cuando Clarita y Loreto hubieron vuelto a sus sillitas y a su silencio, se sentó él también y dijo reposadamente:

—Si su estado no fuese verdaderamente grave, no nos hubieran telegrafiado. Y si tía Magda no se lo hubiera encargado, Aurelia no se atrevería a pedir que vayamos.

—Desde luego.

—Indudable.

—Seguro.

—Tía Magda, siempre nos ha profesado un gran cariño—prosiguió el padre—y somos sus únicos parientes.

—Un gran cariño...—dijo Loreto, la hija pequeña—, en tono de duda.

—Sí; un gran cariño—insistió don Hilario—, si en ocasiones lo olvidaba, no hay que tenerse en cuenta ahora. En instantes tan graves y definitivos, se borran todos los resentimientos. Pensemos que, a cambio de las ocasiones en que olvidaba nuestro cariño, hubo muchas veces que acudió en nuestra ayuda con solicitud maternal y con generoso desprendimiento.

—No tan generoso, papá. Seamos sinceros entre nosotros—interrumpió la eterna impaciente—. Cada vez que nos ayudó fué a fuerza de peticiones en todos los tonos después de muchas cartas desgarradoras, luego de habernos rebajado confiándole nuestras angustias. Y recuerda que en estos contadísimos casos en que se dignó contestar, si le pedíamos mil enviaba quinientas y ad-

juntaba una cartita con las palabras más humillantes del diccionario. No, papá. Yo seré mala, pero cuando menos soy sincera. Tía Magda no nos quería, ni nosotros la hemos querido nunca. Que ahora se está muriendo, será una razón para compadecerle; pero en mi modo de pensar no es motivo para olvidar lo que nos ha hecho sufrir... cuando tan fácil le hubiera sido remediarlo.

El oficio de difuntos, que en tono sentimental y literario había comenzado el padre, quedó abortado con la vehemente interrupción de la hija. Y don Hilario volvió a leer el telegrama y a examinar la fecha y hora de imposición, como un discreto recurso para no haber de reprender a Loreto, ya que no podía contradecirle.

Porque Loreto tenía razón, toda la razón. Entre ellos y tía Magda mediaba muy poco cariño, como consecuencia, quizá, del poco trato que tuvieron y la distancia a que vivían, o quizá por la notable diferencia de temperamentos y caracteres. Por lo que fuese, no podía negarse que las cartas de tía Magda eran frías, secas, casi adustas, y que ellos, exceptuadas aquellas peticiones desgarradoras, se limitaban a enviarla una postal de felicitación el día de la Magdalena y una tarjeta de mera cortesía a entrada de cada año. Y esta falta de cordialidad en el parentesco la hubo siempre, igual ahora que vivían separados, como cuando don Hilario era chico y residía allí en la placida Galicia donde nació al lado de tía Magda.

Tía Magda era hermana de su padre, del padre de don Hilario. El abuelo, tal vez disgustado con su hijo, pensando que había hecho bastante con darle la carrera de abogado, o impulsado por una preferencia hacia la hija, dejó a ésta casi toda su envidiable fortuna, iniciando la separación y antipatía entre los hermanos. Apurando un poco su memoria,

don Hilario recordaba que por entonces, cuando ocurrió la muerte del abuelo y se abrió el testamento que mejoraba esencialmente a tía Magda, su padre lo comentó con frase mordaz:

—Papá sabía que Magda tiene muy mal carácter y que no encontraría quien quiera suicidarse casándose con ella. Por eso le ha dejado todo cuanto ha podido, para ver de tentar al suicidio algún desesperado.

Y aquí se inició la separación, como decíamos. Tía Magda, con escusa de que el alboroto de los sobrinos—dos diablillos criados con exceso de mimo, que reían a todas horas y jugaban a saltar sobre las sillas o atrapar de las faldas a la tía, sin el menor respeto—excitaba sus nervios y provocaba sus migrañas, puso piso aparte y fue a vivir con Aurelia, antigua criada de la casa, mujer de conciencia absoluta, que había hecho de niñera de los dos diablillos alborotados. Pero en realidad el motivo fue otro, que también mereció una frase irónica del padre de don Hilario:

—Los ricos y los pobres no hacen buenas migas juntos. Se marcha para huir al remordimiento de ver a todas horas nuestra modestia.

Una magnanimidad de tía Magda hubiera exterminado el nacimiento remor y la hubiera hecho vivir rodeada de cariño hasta su última hora; pero tía Magda no fue lo bastante abnegada para prescindir del testamento y dividir la herencia por partes iguales con su hermano. Pensó que el era hombre y tenía un título académico para hacer frente a la vida, mientras ellas, débil mujer, no tenía otra defensa que el caudal heredado. Y, retirándose en el último hogar, cuando veía el desaliento de su hermano o escuchaba alguno de sus puantes epigramas, se bataba diciendo:

—No me explico su antipatía, cuando siempre habíamos vivido como buenos hermanos. Yo no le he faltado en nada, no le he ofendido. Yo no tengo culpa de que pagó hiciera testamento a su gusto y no a gusto de mi hermano.

Y por su parte el hermano comenzó a decir a todo el mundo:

—¿Para qué un testamento que había de ser nido de odio y motivo de la desgracia de ella? Porque ese testamento iba a hacer desgraciada, ya va a hacer vivir con recelo de todo el mundo y sin cariño de nadie. En cambio, entre nosotros hubiera sido una segunda madre de mis hijos y hubiera tenido el cariño de éstos para consolar y animar a su vez. Además ¿para qué quiere tanto dinero una mujer sola? Yo lo haría producir y me ayudaría a elevar a mis hijos. ¿Qué va a hacer ella con una renta que sobraría a mantener doce familias?

El testamento ha sido un absurdo y la falta de generosidad de mi hermana es una prueba de su falta de talento. De aquí databa el trato frío, aunque correcto, entre ellos y tía Magda. Don Hilario recordaba que dos veces por año, el día de Navidad y el día de San Juan

la hermana del padre acudía a su casa para comer reunidos y dar la sensación de que continuaban teniendo por familia, y que otras dos veces por año, la víspera de Pascua y el día del santo de ella, iban a casa de tía Magda él y su hermanita para felicitarle como cumple a personas de educación correcta aunque no cordial.

Corriendo los años, D. Hilario se vio hecho hombre y presenció la boda de su hermana que sólo la hizo feliz unos cuantos meses, los justos para engendrar un niño que nació sin vida y ocasionó la muerte de la madre. Y entonces pudo probarse en la historia de aquella familia

que aquella familia era de aquel género popular que asegura que nunca una desgracia viene sola. Casi inmediata a aquella muerte sobrevino la don Juan y no mucho después la de su esposa, viniendo a quedar don Hilario sin más cariño ni orientación ni recursos que los que podían darle sus veinte años, su título de abogado que adquirió por entonces y un puñado de pesetas que podía llevar cómodamente en los bolsillos del chaleco.

Tía Magda se mostró pesarosa, muy pesarosa. Abrazaba muchas veces a su sobrino y le repetía que en la vida se ha de ser muy bueno para resignarse con los dolores que nos aporta y se ha de trabajar mucho para cumplir el precepto divino de ganar el pan con el sudor de la frente. Nada más. No recordaba que la hubiera dicho nada más, ni entonces ni cuando le conmutó haber resuelto tomar esposa y trasladar su residencia a ciudad que mejor campo le ofreciera para cumplir aquel precepto divino. Seguramente encontró razonable la decisión del muchacho, ya que, de acertar en la elección, ningún mejor consuelo y acicate podría hallar que una compañera cariñosa y abnegada, como seguramente previcable de perlas el traslado, del mozo, que patentizaba su desec de brega y... con la distancia siempre quedaría su fortuna cuantiosa a mejor recaudo de posibles peticiones.

Aurelia fue la que lloró a moco tendido la despedida y le hizo mil recomendaciones de todas clases, insistiendo en la que no olvidara la educación recibida del padre, ni olvidara que hay Dios, ni olvidara escribir con extensas noticias. Después, ya en el tren que le alejaba de la dulce Galicia y de la tónica parienta que tenía en el mundo, notó en uno de sus bolsillos una bolsita de cuero que contenía unas orzas de oro.

—¿Ves?—exclamó su ya compañera, la esposa cariñosa y abnegada—. Tía Magda no es tan desgraciada ni tan avara como se dice de ella...

Don Hilario sonrió amargamente y respondió a su enamorada Narvira: —Las orzas no son de tía Magda. No las vió cuando me las han metido en el bolsillo, pero, sin verlos, estoy seguro de que son de Aurelia. Y mientras el tren corría montañas

abajo y les arrastraba a las secas planicies castellanas, don Hilario, con los ojos cerrados, evocaba la tierna figura de la humilde Aurelia que le hizo de niñera y compartió sus juegos cuando era diablillo alborotador...

Luego, la hucha desesperada durante un cuarto de siglo, para mantenerse con dignidad y criar a sus hijos en ambiente favorable; el nacimiento de Luis, Clara y Loreto, que eran a tiempo su felicidad y su amargura—la felicidad de verles apaches y hermosos y sanos, y la amargura de no alcanzar a deslibrarles de un vida con constantes tropiezos—y ahora, a casi sus cincuenta años, cansado de pelea y ya sin ánimo para afrontar el problema diario.

Con el telegrama en la mano don Hilario seguía recordando aquellas cartas desesperadas que enviaba a tía Magda en sus situaciones más apremiantes. Y recordaba—tenía razón Loreto—las respuestas forzadas, deficientes y tan poco propicias a formarse esperanzas. No les quería mucho tía Magda, era verdad; como lo era que ellos, los hijos de don Hilario cuando menos, no la querían mucho ni poco. No la habían visto nunca; no podían evocarla en ninguna forma, ni figura, ni tono de voz, sino sólo a través de aquellos párrafos destemplados y descorazonadores con que contestaba a las veingonzosas súplicas. Y resultaba natural que, cuando se hablaba de ella contentando lo fácilmente que podría hacerles felices con las sobras de su fortuna, se comentase también que eran sus tímidos herederos y se pensara con extrañeza cómo Dios no llamaba a su compañía a la anciana señora cuya vida no reportaba beneficio a nadie, y cuya muerte, en cambio, provocaría tantos suspiros de desdicho.

¿Desearle la muerte? Ninguna persona educada desea la muerte de un semejante, aunque sea pariente rico, si se desea, no se dice. Por eso yo no puedo explicar si en aquella casa se deseó alguna vez la muerte de tía Magda, ya que ellos no lo dijeron nunca y los pensamientos sólo Dios los penetra. Pero puedo afirmar que el telegrama que continuaba en la mano de don Hilario y que tanta sorpresa y emoción produjo, no afigió el corazón de nadie ni causó una lágrima sola. Y es que la cuenta de resentimientos y gratitudes con tía Magda arrojaba un saldo poco favorable a Loreto nombró inmediatamente la petición que se le había hecho para que la ayudase en la ocasión más trascendental de su vida.

«Será una suerte para la familia—se le escribió—será la primera vez que la suerte nos sonría. El prometido de Loreto es joven de excelentes condiciones morales y de elevada posición. Dios, que sin duda ya nos ha probado bastante, comienza a mostrarse con nosotros benévolo y dadivoso. Tuis está haciendo ahorros para pagar su título de médico y empezar a ganar en seguida. La boda

RECUERDOS DE JUVENTUD

Un día al atardecer, y después de terminar un estudio de la socras ya desaparecidas que ocupaban lo que es el actual antepuerto, y haber saboreado la mielacofía del crepusculo, alumbreados por la vaga claridad de éste, regresábamos a nuestras casas con mi compañero habitual, envueltos en las indumentarias clásicas de pintor bohemio, con la caja de pintar y nuestra pipa encendida. Suabamos la pintoresca cuestita, que conducía a aquellos merenderos inmediatos, al Hotel Miramar, una de las cosas más típicas de nuestra Barcelona ochocentista, que evocaba sencillos ágapes de mariscos y arroces, cuando un grupo de chicoleros desarrapados, gestionados por nuestra silueta, épica, que se destacaba prestigiosa sobre el fondo crepuscular, saludó nuestro paso con un «Eh lo profundo del alma bohemio...» que hizo un tanto presurosa la marcha, temerosos de que la ovación se hiciera más tanquillo.

El recuerdo de este episodio suite-teoso con música de Vives, nos evoca un instante de nuestra vida, sugiere su origen, aquella música, aquel género chico, tan popular, por ser hijo de algo no tan artificioso como parece, sino formado parte de una evolución, cuyo punto de partida es el mismo espíritu que inspiró el genio de Goya, y que era el inmediato sucesor de la musa de Ramón de la Cruz.

Esta música tan menosperejada entonces por los inteligentes, era la única cosa de verdadero carácter, que dió entonces la música española, o más bien dicho, madrileña. El pueblo, la gente legra, tuvo la intuición del valor de aquella compenetración, entre las caricaturas de Ricardo de la Vega, López Silva, Carlos Fernández Shaw, Ramos Carrión, Vital Aza y la instrumentación habil, pintoresca, y sugestivamente cómica de Breton, Chueca, Chapí y Caballero.

En aquel inolvidable teatro Ribes, hoy Eldorado, la multitud se estrujaba, para gozar de la arduamente labor de aquellos artistas, que se llamaban Anselmo Fernández, Cortón, Pinedo y Luisa Campos. Pinedo fue una institución, un verdadero artista de carácter. Aquel zapatero de «Luis el Tunbón», derivó una cosa clásica y fue el creador de aquel Gedeón ovacionado una y mil veces.

Aquellos chadritos chispearies de color habilmente ilustrados con música. Ilmaron la anteción del ilustre compositor francés Saint-Saens, quien tuvo la ocasión de saborear la innegable frescura de aquella joya en su género, «La Verberna de la Paloma» y demás composiciones derivadas de ella. Saint-Saens, maestro, creyó ver en ello un filón para el desarrollo de una cosa eminentemente española, y cuando algunos años después volvió, quedó admirado de no hallar rastro alguno, de aquel humorismo de buena ley puesto en música. Todo aquello, basado en lo pintoresco, tenía que desaparecer, ya que fundábase en lo acidental, en el vestido de las cosas, y éste es efímero. Lo verdaderamente popular, se apoya en lo que es el alma del pueblo, en la florescencia del ambiente que lo envuelve y aquello venía a ser una especie de retratos caricaturescos, del espectáculo de un pueblo que se movía inconscientemente, pintados por artistas de una visión finamente irónica.

También tuvimos nosotros nuestro género chico, no con tanto carácter como el madrileño, por ser nuestro ambiente menos pintoresco. El señor Coll y Britapaja, elegante caballero lleno de chispa, fue su iniciador y tuvo en aquellos tiempos su época de popularidad. El teatro Tivoli, estaba rebosante de un público ávido de saborear aquellas gaitas del género «De la tierra al sol» y «De St. Pol al Polo Norte» donde se subrayaban los rasgos pinto-

rescos de las cosas barceloninas, luciendo sus habilidades la Mateu, Colomer y el «Pajarito».

Aquellas fue una época incoherente. Mientras en los conciertos matinales del domingo eran fustiladas con entusiasmo, por los coros populares, las inspiradas composiciones de Clavé, por las calles resonaban aquellas canciones de «La emisa de la Lola... un chulo se la llevó... se llevó la camisa... pero la Lolita no...» O bien aquella de «Pateó... mi rico pateó... yo no sé por qué te emperé... sal del emperío... sal pateó... sino de frío me muerdo yo...» En medio de la vía pública por las orgánulas, en los patios por las criadas fregando los platos, del fondo de las tiendas, salía también aquel estridido infernal de «La Granviva»: «Pobre chica... la que tiene que servir...» o «Cabalero de gracia me llaman... y efectivamente soy así...» y al llegar en plena apoteosis del género chico madrileño se improvisaron orquestas inverosímiles, dudosas que atronaban el espacio con los ecos de la gítima zarzuela en boga.

La indignación de nuestros músicos rebosaba, de manera que cuando Breton vino a estrenar «La Dolores» y el «Carrión», encontró una hostilidad feroz dentro de nuestra peñas musicales, y si el público no hubiese manifestado un entusiasmo espontáneo por sus obras, seguramente éstas hubieran fracasado. La verdad es que no había para nosotros. Aquello fue una algarabía de manubios, orquestas infernales, gritos de maritorres... capaz de volver loco al más pintado. Todo tiene su fin y afortunadamente, partiendo del culto a Clavé, aparece radiante la verdadera fuente de la música popular, que es glorificada por nuestro gran Orfeo Catalá, y el renacimiento del buen gusto y mayor aprecio a la música seria, es un hecho.

JOAQUÍN BAS GICH

lario sufrió una recaída en su crónica dolencia que requería una temporada en cierto balneario.

—No, no. Tengo poca fe en los baños medicinales. Curaré mejor aquí, entre vosotros. Además, sería un gasto que supondría un nuevo tropiezo, ahora que, gracias a Dios, vamos a acostumbrándonos a caminar por la vida en terreno llano.

Nadie objetó. Todos bajaron los ojos comprendiendo los escrúpulos del papá a tocar el dinero de tía Magda. Humillaron la cabeza calladamente, pensando tal como pensaron de Luis al ver su decisión por elevarse con sus propias fuerzas, y tal como pensaron de Loreto al prescindir de las facilidades de la herencia—que fueron sus manos las que sustentaron la copa con morfina en los últimos días de tía Magda. Solo Aurelia se maravilló de la resistencia don Hilario.

—¿Para qué te va a servir ser rico, si no quieres atender a tu salud? ¿En qué mejor puedes emplear el dinero que tienes?

—¡No, no! ¡Para mí, no! ¡Para mí, no! Pero ¿por qué? Cualquiera diría que en vez de dejarnos tía Magda una herencia de millones, os dejó un legado de odio. ¿No os ha de servir para nada, tanto dinero? Vivís peor que antes, más pobremente, con mayores privaciones que nunca. ¿Qué avaricia es la que tenéis o qué orgullo es el que sentís?

—No es nada de eso, Aurelia; no te esfuerces, que no has de comprenderlo. Es que... este gasto no es necesario, o que, a fuerza de prescindir de lo superfluo, vamos acostumbrándonos a considerarlo superfluo casi todo.

—¿Y vosotros?—preguntó la antigua criada, dirigiéndose a los hijos.—¿No decís nada para hacer desistir a vuestro padre de su tozudez? ¿Preferís que pierda la salud por no gastar unas pesetas, cuando tenéis tantas en los Bancos, muertas de risa?

Pero los hijos seguían callados, con las

cabezas humilladas y los ojos fijos sobre el suelo.

Y casó Loreto y más adelante casó Luis, viniendo a alegrar la casa con el corroteo y el vocerío de unos lindos diablillos que amenazaban ser tan revoltosos como dicen que lo fué el abuelo. Y por entonces fué cuando Aurelia, la fiel criada que hizo de niñera de don Hilario, cumplió sus ochenta años y vióse en el serio trance de abandonar el mundo. Todos acudieron a rodear el lecho de la enferma y rivalizar en cuidarla; porque a ésta, sí, a ésta la querían todos muy de veras, comprendiendo que también ella los quería de igual modo. Todos pretendían animarla con sus frases hijas de la buena voluntad; pero la antigua criada, cortando radicalmente el coro de exclamaciones afectuosas, les dijo:

—No os canséis; sé que me muero y no me inquieta morir a los ochenta años y tan rodeada de cariño. Morir así, es mucho más de lo que hubiera podido desear. Pero no quiero irme de vuestro lado sin haceros una confesión... una confesión que me quema el pecho hace tiempo y que no tendría valor para hacer si no supiese cierto que voy a morir. Yo... yo era quien daba aquella medicina a vuestra tía Magda en sus últimos días...

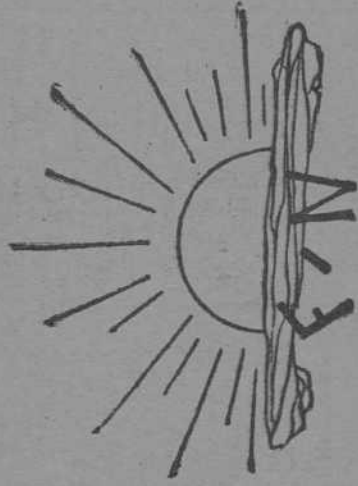
—¿Tú?

—¿Tú?

—Sí. Me trataba siempre muy mal... Nos odiábamos... Pensé que me vengaba yo y os hacía felices a vosotros...

—¿Tú?... ¿Tú?... ¿Tú?...—seguián preguntándole con asombro incomparable. Aurelia ya no respondió, porque no podía. Sus ojos se habían cerrado y su cabeza cayó desplomada sobre la almohada; pero con las manos seguía indicando que sí, que fué ella, ella quien hizo tragar grandes dosis de morfina a la tía millonaria que les hacía desgraciados con su empeño de sanar...

Todos se separaron de la cama en un inconsciente movimiento de repulsión.



Era una criminal. Había asesinado. Aquellas manos que querían moverse para insistir en su confesión, eran como si se hubieran agarrado en la garganta de tía Magda para estrangularla. No la podían perdonar; no podían acercarse.

Pero, al huir la vista de la antigua criada moribunda, quedaron mirándose unos a otros. Y, a las vez, un profundo suspiro ensanchó sus pechos. Y entonces, padres y hermanos se abrazaron, conmovidos, radiantes, dichosos al saber que no había un asesino entre ellos, aunque sin llegar a declararse que habían estado dudando de cada uno.

Ahora, sí; ahora se sentían verdaderamente felices y agradecidos a la declaración de Aurelia. Pero, al acercarse nuevamente a su lecho, se separaron con rencor nuevamente.

—No fué criminal por cariño a nosotros, sino para satisfacer su odio.

—Así mejor—dijo don Hilario—. De otro modo nos cabría el remordimiento de haber sido sus inductores. Perdonémosla.

—Nunca. Nos ha hecho vivir todo este tiempo en una duda horrible. Los pensamientos también tienen su castigo.

—Y hemos estado estorándonos más que nunca, angustándonos en una lucha desesperada, cuando por la herencia de tía Magda estábamos deslibrados de la pobreza.

—Más vale que nos hayamos deslibrado por nosotros mismos. Es el mayor orgullo. Sin aquella reacción no nos hubiéramos puesto a prueba y no sabríamos de cuánto somos capaces en la vida. Hoy estamos satisfechos y avanzados hecho el mayor bien del mundo; un bien mucho mayor al de una herencia de millones. Nos ha hecho comprobar que la mayor riqueza está en nosotros mismos. Y los padres y los hijos volvieron a abrazarse, mientras el cuerpo de la antigua criada iba poniéndose rígido.

pas de moda actual, tan desecada y silenciosa, sólo serviría para extinguir el adorable recato de la novia y acuciar en el matrimonio los más groseros impulsos.

—Dios se ha encargado de responder a esa carta—dijo ahora Loreto—. Tendré el equipo que quiero; el de una princesa, aunque yo no lo sea. Y lo tendré con dinero de tía Magda. No me lo ha querido dar en vida, por no hacerme un favor; pues lo tendré en su muerte y no lo habré de agradecer.

—Pensemos primero en lo que es primero—dijo don Hilario—. Hay que ir a Galicia y hay que sacar dinero para el viaje.

—Es verdad.

—Es verdad.

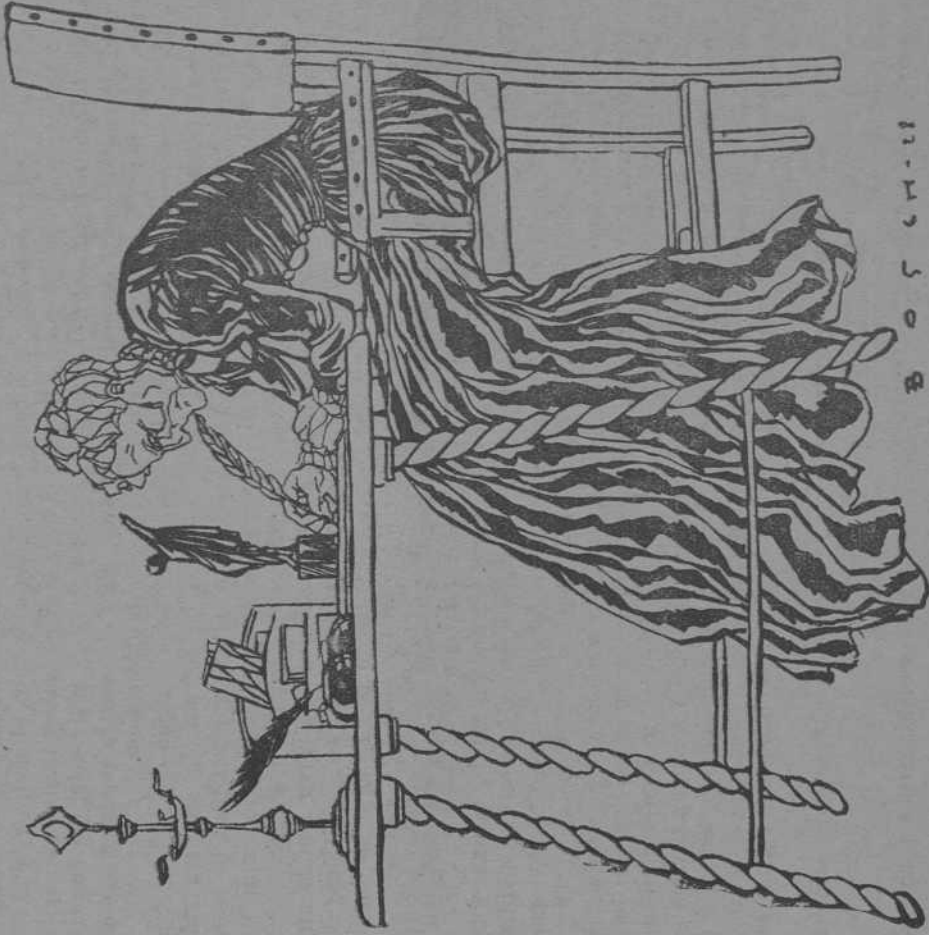
—Es verdad.

La entrada de Luis les sorprendió en pleno concilio, tratando de hallar salida al inesperado problema. No podían marchar sin dejar la casa al corriente—se debía un trimestre—porque se exponían a inspirar desconfianza al propietario y encontrarse sin piso al regreso, desahuciados en la ausencia y produciéndose una campaña que perjudicaría vergonzosamente al matrimonio de Loreto. Habían de ir todos, para dar a tía Magda una sensación de cariño y evitar que un intruso pudiera adueñarse de la voluntad de la moribunda, y hacerle caminar el testamento a última hora. Y en total, contando con que la herencia no podrían realizarla en seguida, necesitaban

de Loreto es también una alentadora esperanza ya que, sobre solucionar felizmente una hija, garantiza un ayuda y Pero hay que casarla con cierto lujo, como corresponde al rango social de su futuro, lo que nos supone una enorme dificultad. Se ha de responder al regalo de boda, que será rico; se ha de comprar un buen equipo para la novia y la casa; se han de pagar los ineludibles gastos que la costumbre hace correspondar a la mujer...

«¿De dónde sacar lo necesario, si apenas podemos atender a la vida, a sondear las deudas atrasadas y a procurar el título de Luis? Sólo tú, querida tía Magda, tan buena con nosotros, puedes remediar el apuro considerando el enorme favor que nos harías con tan poco esfuerzo de tu parte y con tan imborrable gratitud por la nuestra...»

Pues bien; tía Magda contestó diciendo que semejante situación no podía considerarse apurada. Faltarles para comer, sería un apuro; pero faltarles para comprender cómo podían hacerle tan atrevida petición. Si no podía comprarse un equipo lujoso, que se lo confeccionara ella misma, que no se le caerían los anillos por coserse su propia ropa. Y todavía añadía una serie de consejos, considerando que no se trataba de casar a una princesa; que el novio la quería lo mismo con ajuar costoso o modesto y que, en último caso, el despilfarrar en ro-



Pues bien; tía Magda contestó diciendo que semejante situación no podía considerarse apurada...

ban muchas pesetas. ¿De dónde iban a salir y con tanta urgencia?

Hubo una especie de providencia en forma de usureiro, al que ya se había recurrido otras veces, que prestó unas miles de pesetas a cuenta de la herencia con sólo la garantía de una palabra de honor, una letra de cambio avalada por dos amigos, un compromiso notarial ante testigos y algún otro pequeño detalle. Y al siguiente día marchaba la familia a Santiago, con la sola excepción de Luis que hubo de quedar para calmar a los antiguos acreedores y que acudiría sin falta un par de días después.

Y al partir el tren, no era precisamente de pena la emoción que se acució en la cara de aquella buena gente. Más bien hacían pensar en juveniles colegialitas que vivieron años enteros en la clausura de un internado y que veían llegada la hora de su incorporación a la vida libre.

II

Al verles entrar, Aurelia abrazó a don Hilario con la elusiva ternura de verdadera madre. Y abrazó a don Hilario y luego a Clarita y a Loreto, asombrándose de que tan gentiles moceotas fuesen hijas de aquel mocoso al que ella hizo de niñera. ¡Qué vieja la hacían estas muchachas, Señor! Y una ya viviera iba a conocerle hijos, que serían como biznietos de la pobre Aurelia.

«Señor, Señor; cómo envejecemos sin darnos cuenta!

«Sí; la señora estaba muy malita. Los médicos no le daban de vida más allá de un puñado de horas. Habían hecho muy bien en ir, que para eso se les telegrafió, y muy bien en ir en seguida, ya que, de retrasarse, hubieran encontrado muerta a la señora. Y la señora les había nombrado muchas veces y continuaba nombrándoles en su agonía. Al fin eran los únicos parientes que tenía en el mundo.

Tía Magda, casi oculta entre edredones y almohadas, con apariencia de monja en vitrina de plumas, se impresionó mucho al abrazo de don Hilario. La proximidad de la muerte le hizo pensar en su sobrino y le hacía mirarle ahora con dulzura que no sintió nunca. Quizá también le impresionaba el significado del viaje de sus parientes, que evidentemente no era otro sino recoger su último suspiro.

—¡Vaya, tía Magda, no hay que pensar en eso, ni atormentarse así!—dijo don Hilario, piadoso—. Vivirá usted muchos años. Para eso hemos venido, para cuidarla mejor entre todos y no marcharnos hasta verla dispuesta a hacerse centenaria. ¡Hay que tener ánimo, qué caramba!

—Sí, tía Magda, sí. La cuidaremos muy bien entre todos—corroboró doña Narcisca.

—Sí, tía Magda. La cuidaremos muy bien.

—La cuidaremos muy bien—repite— con una tras otra las dos hermanas.

—Y la cuidará también Luis, que ya es médico y llegará mañana o pasado. No ha podido venir con nosotros porque tenía muchos asuntos pendientes... ¿Chentes ¿sabe? Aunque no tiene el título ya comienza a ejercer como ayudante de un profesor... Celebrará consulta con su médico de cabecera y seguramente la curará. Porque sabe mucho. No es vanidad de padre, créame. El chico ha sido estudioso y con mucha afición... Nada, nada, tía Magdal. La ponerse buena, que para eso venimos!

La anciana sonrió tristemente, comprendiendo en sus sobrinos el buen deseo de alentarla. Tuviere ella la edad de aquellas lindas mozas y no digo que no saltara de la cama al cabo de poco; pero con los años que contaba sobre su espalda... y con la miserable salud que tuvo siempre... En fin, todo había de ser lo que Dios quisiera.

—Si lo que Dios quisiera, pero claramente se veía que Dios quería llevarla a su lado. En el dormitorio de la enferma se ventaba a la Muerte con tal intensidad de evidencia que diríase percibirse a la Intrusa escondida bajo la cama en espera de una oportunidad para llevarse a la anciana extenuada. Y en los labios de ésta y en sus ojos había un trágico gesto de miedo, como si supiera quién la acechaba debajo de su cama y esperase verla aparecer de un momento a otro con su blanco sudario y su macabro guadaña.

Pobre mujer! Qué compasión daba verbal. Aunque no hubiera mediado lazo de sangre entre ellos, se hubiesen sentido acogidos viendo el esfuerzo que hacía para sostener la cabeza sobre las almohadas y para respirar con toda la boca abierta. ¡Qué fea y triste y apenadora es siempre una agonía! Pobre tía Magdal! Pobre vieja!

Y con verdadero interés examinaron las recetas de los médicos y la serie de medicinas que se le daba, tratando de adivinar la salud que podía contener cada botella. Establecieron turnos entre ellos, para que siempre hubiera alguien a la cabecera de la enferma y se cumplieren las prescripciones con matemática puntualidad. Tomaron todas las medidas y previsiones imaginables, cual si se tratara de la persona que más amasen en el mundo. Y obraban sinceros, con absoluta buena fe, deseando con toda el alma la salud a tía Magda, alterando al ciudadano personal con las plegeras al Altísimo. La compasión había ahogado todo egoísmo, y en aquellos momentos se hubiesen sentido felices si en la enferma se hubiera operado una milagrosa reacción que la sanase de golpe.

Tía Magda sentía con toda la boca abierta para poder respirar y haciendo grandes esfuerzos para sostener la cabeza sobre las almohadas. En sus labios

y en sus ojos continuaba la expresión de terror a la Intrusa, de la que casi sentía el helante contacto de la garrá esquelérica. Y cuando no tenía esa expresión, sonría con melancólico agradecimiento a los cuidados de sus sobrinos.

Y a los dos días, cuando aún no se cumplían 48 horas de la llegada de los sobrinos, el médico de cabecera hizo una mutua de asombro al examinar a la enferma y se volvió a don Hilario para decirle:

—Esto es maravilloso. La enferma está mejor, mucho mejor. Si se salva, será el caso más raro que habrá visto en mi carrera. Y estoy por asegurarme que se pongo de su vida.

El mundo está lleno de paradojas, y la psicología humana es la mayor paradoja de todas. Unos días antes los forasteros, aunque no lo diesen ni entre ellos mismos, se habían sentido próximos a la felicidad con el solo anuncio de la gravedad de tía Magda. La víspera, ante el tétrico espectáculo de la agonía, olvidaron intereses y rencores para desear con sinceridad la salud de la enferma. Ahora, desaparecida la visión de la muerte, sin aquella impresión teatral que les hacía ser compasivos y afectuosos, ya no sólo volvían a su primer sentimiento de egoísmo, sino que sus pechos se llenaban de odio contra la enferma que tan infame burla les hacía.

Porque ahora resultaba que tía Magda les había defraudado, les había engañado, les había estafado haciéndoles creer en su muerte y haciéndoles empeñarse más de lo que estaban, para ahora ponerse buena y a poco despedirlos con cuatro vulgares frases de agradecimiento. ¡Y la esperanza de la herencia que, de una vez para siempre, habría de irles a las narices de la torturante pobreza? ¡Y el título de Luis y la boda de Loreto? ¡Y el dinero que habían pedido para el viaje? ¡A esto último, ya lo estaban viendo, respondería diciéndoles que ella no les llamó y que si no estaba en situación de ir, no debían haber ido; que la hubiesen dejado con la vieja Aurelia, que igual se hubiera puesto buena con la ayuda de Dios y de los médicos.

Y aquella noche, que correspondía de vena a don Hilario y Loreto, el amargado caballero, harto acostumbrado a resistirse en sus interminables desgracias, se durmió en un rincón de la alcoba, con los brazos cruzados beatíficamente sobre el pecho y con una sonrisa de martirio sobre los labios, que venía a decir: «¡Y a me parecía extraño que me realitase bien en la vida una cosa sola! Era demasiado suerte para mí.»

En otro rincón, Loreto, frínicas sus grecoisas cejas denigradas, pensaba en su boda que de nuevo se anudaba indefinidamente. Sonó la hora en que había de darse medicina a la enferma, y Loreto no la oía. La enferma sintió un fatigoso y comenzó a moverse con desconfianza y a comentar las lamentaciones fueron

subiendo de tono, y entonces se le acercó Loreto diciéndole con incontentable pereza:

—No sé de qué se queja usted. Está casi buena y dentro de poco estará mejor que todos nosotros. Duerna y déjennos descansar al menos, que sobrado tenemos para usted para el pago que ha de darnos.

La enferma no comprendió bien lo que le decía. Sufrió mucho y pidió la poción con morfina que se reservaba para las crisis más dolorosas. Y Loreto fué a dársela; pero al incorporar la cabeza de tía Magda vio en la almohada la cara de su novio mirándole con amor y con desesperación también. Loreto, un momento altucinada, iba a inclinarse para besar la boca del amado y tropezó con la cabeza de tía Magda. ¡Tía Magda interponiéndose entre los enamorados, impidiendo su unión, obstaculizándolos...!

—No sé cómo está usted hoy tan torpe. Me ha hecho tirar la medicina sobre la almohada. ¡A ver, abra bien la boca y no me ponga más nerviosa!

Al siguiente día llegó Luis y su asombro rayó en estupefacción al encontrar tan extraordinariamente mejorada a la que suponía enterrada ya. Se le había telefonado la primera impresión de muerte inminente y apenas podía creer la súbita reacción. Entró a ver a la enferma, la reconoció con escrupuloso detenimiento y salió confirmando los optimismos del médico de cabecera.

—Se salva, no cabe duda. A pesar de sus años y de su debilidad, se salva. Toda ella está en lucha desesperada contra la muerte, para vivir más que nosotros y dejarnos en nuestra pobreza y nuestros apuros eternamente.

—¡Nos hemos lucido con el viaje! —¡Nos ha defraudado una vez más! —Para esto no valía la pena de haber venido, de haber aumentado las deudas y haber confiado en el porvenir.

—Lo malo no es haber venido, sino que no podemos volvernos. ¡Como nos presentamos sin poder pagar las deudas anteriores ni las nuevas?

—¿Y mi título? —¿Y mi boda? Unos, sentados, con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, deseaban que la tierra se abriese para engullirlos con su desesperación. Otros, cruzaban la sala a grandes pasos nerviosos, desahorrandu su exacción con fuertes pisadas. Se hizo un silencio profundo y cuando volvieron a hablar parecía como si un invisible demonio les hubiera susurrado al oído una misma palabra, toda la absoluta coincidencia de sus pensamientos.

—No tenemos más que una solución. —Sólo una. —Una sólo. —No podemos marcharnos si no muere ella. —En mismo. —Pero le da por ponerse buena...

—Ya la vida de ella es la muerte de todos nosotros. —¡Pues no debe ser! —¡No es justo! —Necesitamos vivir y volver a nuestra casa. —Y yo necesito mi título. —Y yo mi equipo para casarme. No puedo renunciar. Sería ridículo y absurdo quedarme soltera por no poder comprar un puñado de ropa.

—Y más absurdo no expórtar una cartera, después de los esfuerzos para tenerla. —Sin contar que, curada ella, no podemos continuar aquí. —Ni podemos irnos. ¡Es para desparejar a cualquier! —¡Es para tirarse balcón abajo!

—¡Es para... obligarla a hacer por la fuerza lo que ella no quiere hacer por su voluntad!

—¡Con lo fácil que sería...! susurró una voz levisima. —¡Ya lo creo!—respondió otra voz levisima. —Con cargar un poco esas dosis de morfina...añadió otra voz, más leve aún.

—Nosotros felices y ella desconsada. —¿Para qué quiere vivir? —¿Qué puede esperar en el mundo? —Martirizarnos a nosotros.

—Su vida es inútil. Por no aprovechar a nadie, no aprovecha ni a ella misma que no sabe cómo emplearla. —Morirse, sería lo único de provecho que haría. —¿Es posible que Dios no lo vea? —¿Es posible que una tía vieja y miserable no haya de servirnos más que de desesperación?

—¡Si no fuéramos tan buenos...! —¡Con cargar un poco la dosis...! —Silencio — exclamó severamente don Hilario, el único que no había abierto la boca hasta entonces—. La desesperación no es propia de cristianos. Y ciertas infamias no pasan nunca por el pensamiento de la gente digna.

Al día siguiente tía Magda estaba peor. —¿Y mi título? —¿Y mi boda? Unos, sentados, con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas, deseaban que la tierra se abriese para engullirlos con su desesperación. Otros, cruzaban la sala a grandes pasos nerviosos, desahorrandu su exacción con fuertes pisadas. Se hizo un silencio profundo y cuando volvieron a hablar parecía como si un invisible demonio les hubiera susurrado al oído una misma palabra, toda la absoluta coincidencia de sus pensamientos.

—No tenemos más que una solución. —Sólo una. —Una sólo. —No podemos marcharnos si no muere ella. —En mismo. —Pero le da por ponerse buena...

La poción menguaba, menguaba... Diferencia que la enferma la bebía a grandes tragos... La familia apenas se hablaba; no se

miraban casi; no comentaban nada. Parecía como si tuviesen miedo de hablar y vergüenza de mirarse. Pero sus pensamientos eran exactamente iguales; eran los mismos. Alguien cargaba la dosis venenosa. ¿Quién? ¿el padre, agobiado por la desesperación de los hijos? ¿La madre, más calculadora y más fría? ¿Loreto, obsesionada con su boda? ¿Luis, pensando solo en su título? Mejor era no indagarlo y no saberlo. Pero entre ellos había un asesino y por eso no es atrevían a levantar los ojos unos ante otros. Se comprendían y callaban, no osando culpar a nadie sabiendo que la tentación les habían sentido todos.

Y cuando murió tía Magda, sus sobrinos rodearon su lecho arrodiándose para rezar con profunda unción; besaron las manos y la frente humedecida con sus sinceras lágrimas y la amortalazaron con mimo de madres. Tía Magda había pasado a ser la víctima de ellos y no sabían qué hacer para calmar sus remordimientos, más torturantes cuanto menos se confesaban. Seguramente todos hubieran dado la vida por devolver la salud a tía Magda.

Se le hicieron el entierro y funerales más regios que recuerdan en toda Galicia. La casa mortuoria estuvo abierta día y noche, mientras en ella permanecieron los sobrinos para todos los pobres de la comarca que quisieran acudir en demanda de un auxilio y a cambio de una oración. Y cuantos entraron en aquella casa salieron haciéndose cruces del amargo dolor que en unos sobrinos puede causar la muerte de una tía, con padeciéndoles por su aspecto de abatidos y anonadados.

Abierto el testamento, se vio que instituta herederos universales a sus sobrinos, con la sola excepción de unas cantidades para bien del alma. Inmediatamente prepararon el viaje de regreso y fué de notar que ni un solo objeto quisieron llevarse para recuerdo de la difunta.

—Nos haría tener demasiado presente a la pobre tía Magda y no podríamos soportarlo—dijo don Hilario y los hijos asintieron. Y se hizo almoneda general, emprendiendo el viaje con Aurelia que, demasado vieja para vivir sola o con extraños, pidió acabar sus días con don Hilario a quien sirvió de niñera y con los hijos a quienes miraba como a nietos.

Don Hilario fué de acreedor en acreedor enseñándoles el certificado de defunción de tía Magda y el testamento que le adjudicaba una verdadera fortuna. No pagaba sus deudas inmediatas, porque no se realizaban en dos días unas fincas de tanta importancia; pero podían estar seguros del capital y de los réditos. Y no hubo un solo acreedor que no se frotrara las manos con entusiasmo, que no le felicitaran con orgullo de tratar a un millonario y que no le ofrecie-

III

se amplio crédito por si tenía algún momento apurillo. Luis, misteriosamente animado, emplesé de practicante en una atamada clínica y aún supo reducir sus horas de sueño para ocuparse en trabajos de análisis. Y su esfuerzo decidió y maravilloso, de verdadero héroe, dió un espléndido resultado. No sólo pudo pagar su título, sino también montar un consultorio con alarde de aparatos y de instrumental, sin que para ello, como para acallar a los acreedores, hubiera de tocarse un solo céntimo de la herencia de tía Magda.

Loreto halló en el luto que debía guardarse a la difunta, una justificación para el aplazamiento de su boda. Su propio mérito lo encontró natural y en su honor ha de decirse que ni sufrió quebranto su cariño por la espera, ni aumentó al saber millonaria a su futura. Y ella, con voluntad y entereza que no había sospechado en sí misma, fué recorriendo tiendas para ver modelos y fué considerando el equipo por sus propias manos, pudiendo comprobar que, como dijo el día tía Magda, no se le cayeron por eso los anillos. Y todo, también, sin haber de tocar un céntimo de la herencia y sin que el equipo desmereciese de los más lujosos y elegantes.

La voluntad hizo este milagro como el otro. En la casa parecían obsesados todos por un afán de economías y por un deseo de sacrificio. A cada tropezado se ofrecían padres e hijos, con la mejor gana, a una nueva privación. Y todos razonaban de la misma manera: —Yo no necesito esto... Puedo pasar sin... No me hace falta, porque no he de ir a ninguna parte mientras dure el luto de tía Magda.

El luto de tía Magda. Hasta el novio de Loreto se extrañaba, juzgándolo excesivo. Bien estaba que se respetase su memoria y se demostrara lo que se le había querido en vida; pero no se guardaba un luto tan prolongado y tan riguroso ni aún por los padres. Pero en esto era inflexible la familia. El recuerdo de tía Magda vivía en ellos tan intenso y doloroso como si la víspera fuese cuando murió. Se le rezaba todos los días; se habían puestos retratos suyos en casi todas las habitaciones; y cuando se pasaba ante éstos caminaban de puntillas y sin alzar la voz, mirando al retrato con infinita angustia. De noche, casi todas, uno u otro despertaba e interrumpía el sueño de los demás dando un grito de terror. Y nadie preguntaba el motivo, porque sobradamente lo sabían: había soñado con tía Magda. Una pesadilla horrible...

En una habitación, ante una imagen de la Dolorosa y un retrato de tía Magda, ardía día y noche una lampara de aceite... Y un par de años después, cuando el consultorio de Luis comenzaba a rendir considerables beneficios y se había anunciado oficialmente a las amistades la boda de Loreto, el paciente don Hi-